

El honor de la reina

David Weber

Traducción:
Cristina Rupilanchas Solares



Libros publicados de David Weber

HONOR HARRINGTON

1. En la estación Basilisco
2. El honor de la reina
3. Una guerra breve y triunfal
4. Campo de deshonra
5. Bandera en el exilio
6. Honor entre enemigos

Próximamente:

7. *In Enemy Hands*

Título original: *The Honor of the Queen*

Primera edición: noviembre de 2004

Segunda edición: septiembre de 2010

© 1993 David Weber.

Ilustración de cubierta: David Mattingly via Agentur Schlück GmbH

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey, Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-636-0 Depósito legal: B-30413-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

El cúter pasó del fulgor de la luz solar a la sombra negra hollín con una rapidez solo posible en el espacio. La mujer de espalda ancha, enfundada en el uniforme negro y dorado de la real armada manticatoriana, contempló por la mampara de armoplast la belleza de su dominio de acero y frunció el ceño.

El ramafelino de seis patas, de color crema y gris, que estaba encima de su hombro, cambió su punto de equilibrio cuando ella levantó la mano derecha y señaló.

—Creí que habíamos decidido hablar con el comandante Antrim para cambiar el Beta Catorce, Andy —dijo, y el bajo y pulcro capitán de corbeta que estaba a su lado hizo una mueca al escuchar la voz de soprano carente de toda inflexión.

—Así es, señora. —Tecléo en su memobloc y comprobó los datos en la pantalla—. Lo decidimos el dieciséis, patrona, antes de que usted se marchara de permiso, y él prometió encargarse de ello.

—Pero no llegó a hacerlo —comentó la capitana Honor Harrington, y el capitán de corbeta Venizelos asintió.

—No, no llegó a hacerlo. Lo siento, señora. Debería haberlo presionado.

—Ha tenido muchas otras cosas de las que ocuparse —dijo, y Andreas Venizelos ocultó otra mueca mucho más dolorosa que la primera. En muy raras ocasiones Honor Harrington reprendía a sus oficiales, pero casi hubiera preferido que le sirviera su cabeza en bandeja. Aquel tono de callado entendimiento le parecía como si estuviera buscando excusas para él.

—Quizá tenga razón, señora, pero aun así debería haberle insistido —continuó—. Ambos sabemos que estos perros de campo odian los cambios de nodo. —Tecléo un apunte en su memobloc—. Me comunicaré con él tan pronto como regresemos a bordo de la EESM *Vulcano*.

—Muy bien, Andy. —Giró la cabeza y le sonrió. Su rostro anguloso estaba dotado de una expresión casi traviesa—. Si empieza a darte largas, házmelo

saber. Estaré almorzando con la almirante Thayer. Puede que todavía no tenga las órdenes oficiales, pero puedes apostar lo que quieras a que sabe cuáles van a ser.

Venizelos, que sabía a qué se refería, sonrió. Tanto su capitana como él estaban seguros de que Antrim había estado jugando a un viejo juego que solía funcionar. Cuando no querías ocuparte de un trabajo que te resultaba especialmente fastidioso, tan solo dabas largas hasta que te quedabas sin tiempo porque, en teoría, el capitán de la nave preferiría regresar al espacio antes que disgustar a su señoría con un retraso en la fecha de partida. Por desgracia para el comandante Antrim, esta patrona no estaba dispuesta a permitirle que se saliera con la suya. Y, aunque todavía no era oficial, circulaban rumores de que el primer lord del Espacio tenía planes para la NSM *Intrépido*. Lo que significaba que otro tendría que ocupar su lugar si ella partía con retraso, y Venizelos tenía la sospecha de que la oficial al cargo de la estación espacial de su majestad, *Vulcano*, se sentiría muy poco satisfecha si tenía que explicar el retraso a la almirante Danvers. La tercera lord del Espacio tenía muy poca paciencia y cierta predisposición a coleccionar cabelleras.

—Sí, señora. Eh, ¿le importaría si, cuando esté hablando con Antrim, se me escapara que usted está almorzando con la almirante, patrona?

—Oh, por favor, Andy, no seas malo... Hazlo solo si te da problemas.

—Desde luego, señora.

Honor volvió a sonreír y se giró de nuevo hacia la mampara.

Las luces del crucero *Intrépido*, límpidas como una gema al estar libres de la difracción de la atmósfera, parpadeaban con los colores verde y blanco propios de los navíos amarrados. Sintió un orgullo que le era ya muy familiar. El casco blanco del crucero pesado refulgía por los rayos de luz que se reflejaban en él y que rompían las sombras que reinaban en los flancos de aquel casco de mil doscientos metros y tres mil toneladas. Una luz brillante se derramaba de un óvalo en una santabárbara abierta a unos ciento cincuenta metros más adelante del anillo de impulsión, y Honor contempló a los técnicos de campo enfundados en sus trajes de vacío reptando por encima del amenazador diámetro del gráser número cinco. Hubiera jurado que el fallo intermitente estaba en el programa de montaje, pero los técnicos de *Vulcano* insistían en que se encontraba en el ensamblaje del emisor.

Sacudió los hombros y *Nimitz* la regañó con suavidad hundiendo las garras más profundamente en la hombrera almohadillada de su guerrera. Chasqueó la lengua y le acarició las orejas a modo de disculpa silenciosa, pero no apartó la mirada de la mampara mientras el cúter continuaba con su lenta gira por el exterior del *Intrépido*.

Media docena de equipos interrumpieron su trabajo para mirar a la nave que pasaba a toda prisa sobre sus cabezas. No pudo ver las expresiones de sus rostros porque llevaban puestos los visores, pero pudo imaginar que reflejarían una

combinación entre la exasperación y el cansancio. Los perros de campo odiaban que los capitanes miraran por encima de su hombro mientras trabajaban en las naves... casi tanto como los mismos capitanes odiaban tener que dejar sus navíos en manos de aquellos perros de campo.

Contuvo una risita al pensar que, aunque no pensaba decírselo, estaba tremendamente impresionada de todo lo que el personal de *Vulcano* y *Venezelos* habían conseguido durante las dos semanas que había estado ausente. Y todo ello a pesar de la resistencia pasiva de Antrim a cambiar el nodo. Sustituir un nodo de impulsión podía convertirse en una auténtica pesadilla y Antrim, claro, esperaba poder librarse de hacerlo. Pero su esperanza estaba condenada al fracaso. El Beta Catorce les había supuesto más de un dolor de cabeza desde que el *Intrépido* superara las pruebas de admisión, y Honor y sus ingenieros ya habían tenido que aguantarlo más que suficiente. No era tan importante como un nodo alfa, desde luego, y el *Intrépido* podría mantener el ochenta por ciento de su aceleración máxima sin él. Y, claro, también estaba el problema económico que suponía un cambio de este tipo: unos cinco millones de dólares que Antrim tendría que aprobar. Todo ello explicaba su renuencia a reemplazarlo, pero el comandante no estaría a bordo la próxima vez que la NSM *Intrépido* tuviera que alcanzar su velocidad máxima.

El cúter giró y volvió a ascender en diagonal por el casco, sobrevolando la batería de misiles de babor y la geométrica precisión del Radar Seis. Las largas y delgadas hojas de los sensores gravitatorios principales se perdieron de vista bajo la lámina inferior de la mampara, y Honor asintió complacida cuando sus ojos de color chocolate advirtieron el conjunto de cambios que se habían hecho.

Pese a todo, estaba bastante satisfecha con el comportamiento del *Intrépido* en los últimos dos años-T y medio. Era una nave relativamente nueva y sus constructores podían sentirse orgullosos de ella en muchos aspectos. No era culpa suya que alguien les hubiera proporcionado un nodo beta defectuoso y, de todos modos, la nave había salido con bien del primer servicio. De cualquier forma, Honor no hubiera escogido las patrullas antipiratería como primera misión. No obstante, le había agradado no tener que depender de nadie, y la recompensa económica que había percibido al desmantelar aquel escuadrón de «corsarios» silesianos no le había hecho mal a su cuenta bancaria. En todo caso, el rescate de aquella nave de pasajeros era un trabajo por el que cualquiera podía sentirse orgulloso, pero los momentos de alegría habían sido pocos y muy espaciados. Sobre todo le había resultado un trabajo duro y un tanto aburrido una vez se hubo recuperado de la excitación por gobernar su primer crucero pesado, que, además, era nuevo.

Apuntó mentalmente una rayadura en la pintura encima del Gráser Tres y advirtió como una tímida sonrisa empezaba a asomar en la comisura de sus labios cuando recapacitaba acerca de los rumores sobre su próxima misión. Porque la rapidez con la que el almirante Courvosier había aceptado su

invitación a la tradicional fiesta de reinicio de operaciones sugería que eran algo más que acertados. Y eso estaba bien. No había visto al almirante (y mucho menos servido bajo su mando) desde hacía demasiado tiempo, y aunque los diplomáticos y políticos nada tenían que ver con los piratas, sería, cuando menos, un cambio de ritmo interesante.

—¿Sabes que ese chico tiene un trasero precioso? —le preguntó la doctora Allison Chou Harrington—. Estoy segura de que lo pasarías en grande persiguiéndolo por el puesto de mando, querida.

—¡Madre! —Honor sintió una muy poco cándida necesidad de estrangular a su progenitora y miró alrededor con rapidez. Pero nadie parecía haber oído su comentario, y por primera vez en su vida se sintió agradecida por el barullo reinante.

—Por favor, Honor —la doctora Harrington la miró con un fulgor travieso en los ojos almendrados que tanto se parecían a los de su hija—, solo he dicho que...

—Sé lo que has dicho, ¡pero «ese chico» es mi segundo!

—Bueno, eso ya lo sé —respondió su madre con tranquilidad—. Eso es precisamente lo que lo convierte en una elección idónea. Y no podrás negar que es un joven muy atractivo, ¿no crees? Te apuesto algo a que tiene que quitárselas de encima a manotazos. —Suspiró—. Si es que quiere —añadió pensativa—. ¡Solo mira sus ojos! Se parece a *Nimitz* en la época de apareamiento, ¿no estás de acuerdo?

Honor se quedó estupefacta y el ramafelino ladeó la cabeza reprochándole a la doctora Harrington su actitud. No es que se mostrara disconforme con los comentarios acerca de su atractivo sexual, pero el empático felino era muy consciente de cuánto le gustaba a aquella mujer tomarle el pelo a su humana.

—El comandante Venizelos no es un ramafelino y no tengo la menor intención de andarlo persiguiendo por ningún sitio —concluyó Honor con firmeza.

—No, cariño, ya lo sé. Nunca has tenido muy buen gusto en lo que a hombres se refiere.

—¡Madre!

—Por favor, Honor, sabes que no me gusta criticar —el brillo en la mirada de Allison Harrington era ladino y, sin embargo, había un rastro de seriedad bajo aquella encantadora malicia—, pero un capitán de la Armada, uno de rango superior, debería ser capaz de prescindir de esas estúpidas inhibiciones tuyas.

—No estoy «inhibida» —replicó ella con toda la dignidad que pudo reunir.

—Lo que tú digas, cariño. Pero, en tal caso, estás desperdiciando la maravillosa oportunidad de aprovecharte de ese extraordinario joven, sea o no tu segundo.

—Mamá, ¡el que nacieras en un planeta zafio y depravado como es Beowulf no te da derecho a mirar a mi oficial con ojos golosos! Además, ¿qué crees que pensaría de eso papá?

—¿Que pensaría acerca de qué? —preguntó el cirujano comandante, ahora retirado, Alfred Harrington.

—Ah, ahí estás. —Honor y su padre eran de la misma altura y se elevaban como sendas torres por encima de la diminuta madre. Señaló a su progenitora con el pulgar—. ¡Mamá está mirando a mi oficial con ojos golosos otra vez! —se quejó.

—No hay de qué preocuparse —le respondió su padre—. Mira mucho, pero nunca ha tenido motivos para buscarse a otro.

—¡Eres tan malo como ella!

—*Miau* —dijo Allison, y Honor tuvo que contener una sonrisa.

Desde que podía recordar, su madre había disfrutado escandalizando a los miembros más conservadores de la sociedad manticatoriana. Consideraba que todos los ciudadanos de aquel reino eran unos remilgados crónicos, y sus ácidos comentarios a ese respecto hacían perder los estribos a más de una dama. Y su belleza, la idolatría que le rendía a su marido y el que nunca hiciera nada que pudieran reprocharle, solo empeoraba el asunto.

Desde luego, si se hubiera sentido inclinada a seguir las costumbres de su planeta natal, podría haber reunido un harén de machos babeantes si hubiera querido. Era pequeña, poco más de dos tercios de la altura de Honor, y sus orígenes eran casi completamente del oriente de la Vieja Tierra. La fuerte y afilada estructura ósea que siempre había hecho sentir a Honor sencilla e inacabada se transformaba en una belleza exótica en el rostro de su madre, y el proceso de prolongación había congelado su edad biológica en no más de treinta años-T. Realmente era como una ramafelina, pensó Honor: delicada pero fuerte, grácil y fascinante, con algo de depredador, y el que fuera una de las más brillantes cirujanas genetistas del reino no hacía sino rematar el conjunto de virtudes.

Estaba, asimismo, verdaderamente preocupada por la falta de relaciones sexuales de su hija. Honor era muy consciente de ello. Bueno, a veces incluso ella se inquietaba, pero tampoco contaba con demasiadas oportunidades para repararlo. El capitán de un navío estelar no podía entretenerse jugando con un miembro de su tripulación, aunque deseara hacerlo, y Honor no estaba segura de sentirse así. Su experiencia sexual era casi nula (aparte de un extremadamente insatisfactorio episodio en la Academia, y de un enamoramiento adolescente que había culminado en una monótona infelicidad) porque todavía no había conocido a ningún hombre con el que quisiera involucrarse sentimentalmente.

No es que estuviera interesada en las mujeres; la verdad es que no le atraía nadie. Lo que no tenía por qué ser malo. Eludía así toda clase de potenciales problemas profesionales..., y además dudaba de que un mastodonte como ella

podiera engendrar ese tipo de interés en alguien. Y ese pensamiento era precisamente el que la inquietaba. De hecho, y para ser honesta, la intranquilizaba bastante. Por lo tanto, había ocasiones en las que el sentido del humor de su madre no le resultaba en absoluto placentero. No obstante, esta no era una de ellas y los sorprendió a ambos al rodear a su madre con un brazo y apretujarla en una inusual demostración pública de afecto.

—¿Estás intentando sobornarme para que me porte bien? —bromeó la doctora Harrington, y Honor negó con la cabeza.

—Nunca me propondría un objetivo imposible, madre.

—Apúntate uno —comentó su padre y luego le tendió la mano a su esposa—. Vámonos Alley. Supongo que Honor debería mezclarse más con sus invitados y, además, seguro que podemos encontrar a otra persona a la que puedas martirizar durante un rato.

—Vosotros, los de la Marina, sois un auténtico dolor de... pandero —respondió Allison con una mirada, a la vez maliciosa y recatada, dirigida hacia su hija, y Honor observó divertida como sus padres se perdían entre la multitud.

No podía verlos tan a menudo como quisiera, lo que precisamente era una de las razones de que se hubiera sentido tan contenta de que el *Intrépido* recibiera órdenes de dirigirse a *Vulcano* para ser reparado, en lugar de acudir al *Hefestos*. *Vulcano* orbitaba alrededor de su planeta natal, Esfinge, a diez minutos luz del planeta capital de Mantícora, y había aprovechado la oportunidad para visitar su hogar y disfrutar de las artes culinarias de su progenitor.

Pero Alfred Harrington estaba en lo cierto respecto a sus responsabilidades como anfitriona y Honor cuadró los hombros antes de zambullirse de nuevo en la fiesta.

Una sonrisa de orgullo se dibujó en los labios del almirante de los verdes, Raoul Courvosier, cuando vio a la capitana Harrington caminando con aplomo entre sus invitados y recordó a la guardiamarina larguirucha, todo rodillas y codos, de rostro afilado y anguloso que había conocido hacia dieciséis años mantícorianos o más de veintisiete años-T. Realmente, pensó con cariño, había trabajado duro. Estaba absolutamente entregada, era tímida hasta el punto de quedarse sin habla, pero estaba decidida a no demostrarlo. Estaba, además, aterrorizada por los cursos de matemáticas y era una de las pilotos y estrategas más brillantes e intuitivas que jamás había conocido. Por ende, había sido también una de las más frustrantes. ¡Toda esa promesa y ese potencial, y nunca había sido capaz de convencerla de utilizar su intuición en los exámenes de matemáticas! Pero, cuando finalmente asentó los pies en la tierra, nada pudo detenerla.

Courvosier era un soltero sin hijos. Y sabía que se había volcado tanto en sus estudiantes de la Academia para compensar esta situación. Sin embargo, muy pocos de ellos habían logrado hacerlo sentirse tan orgulloso como lo estaba de

Honor. Había demasiados oficiales que vestían el uniforme, pero ella lo vivía. Y, pensó, le sentaba de fábula.

La observó mientras hablaba con el marido de la oficial al cargo de *Vulcano* y no pudo evitar preguntarse qué habría sido de aquella guardiamarina desgarbada. Sabía que aún le desagradaban las fiestas, que todavía opinaba de sí que era el patito feo, pero nunca lo demostraba. En cualquier caso, algún día, meditó divertido, se daría cuenta de que el pequeño patito se había transformado en un cisne. Uno de los inconvenientes del tratamiento de prolongación era que transformaba la oxidación en desarrollo físico, y ese, debía admitir, era el caso de Honor. Por otro lado, y gracias a que la gravedad de su planeta natal era de 1,35, sus reflejos eran tan rápidos como los de un gato. No obstante, la elegancia de su porte residía en otro aspecto que nada tenía que ver con la elevada gravedad del entorno en el que se había criado. Incluso aunque a primera vista podría catalogársela de «del montón», la gracilidad de sus movimientos atraía las miradas de aquellos que habían desdeñado con demasiada rapidez su aspecto aparentemente poco atractivo y, en cualquier caso, su rostro era de aquellos que mejoraban con la edad. Y, sin embargo, todavía no se daba cuenta de cómo sus rasgos, antaño demasiado afilados, habían acabado por suavizarse, y de cómo aquellos enormes ojos heredados de su madre brindaban a su rostro triangular un aire exótico e intrigante. Supuso que no era tan sorprendente, porque ese proceso de suavizado se había ralentizado como consecuencia del tratamiento de prolongación y era cierto que nunca sería guapa; si no directamente preciosa, en cuanto se diera cuenta de ello.

Lo que se sumaba a sus preocupaciones actuales. Miró con el ceño fruncido su bebida, luego comprobó su crono y suspiró. La fiesta del *Intrépido* estaba siendo todo un éxito. Parecía que todavía se prolongaría unas cuantas horas y él no disponía de tanto tiempo. Aún le quedaban muchos detalles que completar en Mantícora, lo que implicaba que tendría que apartarla de sus invitados. En fin, ¡dudaba de que eso fuera a molestarla en absoluto!

Se abrió camino despreocupadamente entre la multitud y ella se giró hacia él cuando su radar interno percibió su proximidad. Courvosier no era mucho más alto que su madre y tuvo que levantar la cabeza para mirarla. Sonrió.

—Menudo fiestón, capitana —le dijo, y ella le sonrió con un poco de amargura.

—Lo es, ¿no le parece, señor? Y también bastante ruidoso —añadió con una mueca.

—Sí que lo es. —Courvosier miró alrededor y luego volvió a mirarla a ella—. Me temo que tendré que coger la nave que se dirige a *Hefestos* dentro de una hora, Honor, y antes quisiera hablar contigo. ¿Crees que podrías ausentarte durante un rato?

Entrecerró los ojos al escuchar el tono inesperadamente grave del almirante y ella también miró el concurrido comedor.

—Creo que no debería... —dijo, pero su voz rezumaba nostalgia. Courvosier dominó la necesidad de sonreír cuando vio cómo la tentación batallaba con su sentido del deber. Era una competición injusta y sus labios se tensaron una vez hubo tomado una decisión. Levantó la mano y el asistente de primera clase, James MacGuinness, se materializó como por arte de magia.

—Mac, ¿te importaría por favor escoltar al almirante Courvosier a mi camarote? —Bajó la voz lo suficiente como para que quedara amortiguada por el ruido de la multitud.

—Desde luego, señora —respondió su asistente.

—Gracias. —Miró a Courvosier—. Me uniré a usted en cuanto encuentre a Andy y le avise de que se queda solo como anfitrión, señor.

—Se lo agradezco, capitana.

—Oh, yo también a usted, señor —admitió con una sonrisa—. ¡Yo también!

Courvosier se apartó de la ventanilla del camarote cuando la escotilla se deslizó para abrirse silenciosamente y Honor entró.

—Sé que no te agradan mucho las fiestas, Honor —le dijo—, pero lamento mucho tener que apartarte de una que parece que marcha tan bien.

—Al paso al que va, creo que tendré tiempo más que suficiente para regresar a ella, señor. —Negó con un gesto—. ¡Ni siquiera conozco a la mitad! Han aceptado su invitación más acompañantes de los invitados de los que tenía pensado.

—Por supuesto —afirmó Courvosier—. Eres una de los suyos y están orgullosos.

Honor hizo un gesto con la mano y sintió un ardor en las mejillas.

—Vas a tener que reponerte de esa reacción, Honor —le ordenó su antiguo mentor con severidad—. La modestia es una virtud digna de alabanza, pero después de lo ocurrido en la estación Basilisco, eres una mujer famosa.

—Tuve suerte —protestó ella.

—Desde luego. —Estuvo de acuerdo tan repentinamente que ella no pudo evitar lanzarle una mirada penetrante. Entonces él sonrió y ella le respondió con otra sonrisa al darse cuenta de lo fácilmente que había mordido su anzuelo—. Y ahora, en serio, aunque no haya tenido ocasión de comentártelo antes, todos nos hemos sentido muy orgullosos.

—Gracias —afirmó ella con suavidad—. Eso significa mucho viniendo de usted.

—¿De verdad? —Su sonrisa se torció levemente cuando miró las insignias doradas que tenía en la manga de color negro—. ¿Sabes? Realmente voy a odiar el momento en el que tenga que colgar el uniforme —suspiró.

—Es solo algo temporal, señor. No creo que lo dejen mucho tiempo en el banquillo. De hecho —puntualizó Honor frunciendo el ceño—, y para empezar, ni siquiera entiendo por qué el Ministerio de Asuntos Exteriores pensó en usted.

—¿Eh? —Ladeó la cabeza y su mirada destelló—. ¿Me estás diciendo que a un carcamal como yo no se le puede encomendar una misión diplomática?

—¡Claro que no! Solo estoy diciendo que es usted más valioso en el Curso de Tácticas Avanzadas que perdiendo el tiempo en asuntos diplomáticos. —Se le arrugó el labio por el disgusto—. ¡Si el Almirantazgo tuviera algo de sentido común, le hubiera propuesto al Ministerio de Asuntos Exteriores que diera un salto por la Confluencia y le encargaran a usted un grupo de operaciones, señor!

—Existen más cosas en esta vida aparte de encargarse del CTA o de un grupo de operaciones —dijo él, discrepando—. De hecho, pronto te darás cuenta de que la política y la diplomacia son probablemente más importantes. —Honor bufó y él arrugó el ceño—. ¿Acaso no estás de acuerdo?

—A mí no me gusta la política, almirante —contestó ella con sinceridad—. Cada vez que alguien se involucra en ella, los asuntos que te rodean acaban por convertirse en algo oscuro y turbio. ¡Fue precisamente la política lo que engendró el caos en Basilisco y casi consiguió que toda mi tripulación quedara aniquilada! —Ella negó con un gesto—. No, señor, no me gusta la política, no la entiendo ¡ni quiero hacerlo!

—Entonces será mejor que cambie de opinión, capitana —respondió Courvosier con voz gélida. Honor parpadeó sorprendida y *Nimitz* levantó la cabeza de su hombro y se inclinó para mirar con sus ojos color verde hierba a la figura pequeña del almirante—. Honor, lo que hagas con tu vida sexual es cosa tuya, pero ningún capitán al servicio de su majestad puede ser virgen en lo que se refiere a la política, y especialmente cuando también concierne a la diplomacia.

Ella volvió a sonrojarse, de hecho, de una forma más intensa, pero también sintió cómo sus hombros se cuadraban de la misma manera que lo hicieron cuando el entonces capitán Courvosier les había explicado las leyes. Estaban ahora muy lejos de la isla de Saganami, pero, se dio cuenta, había cosas que nunca cambiaban.

—Le ruego que me disculpe, señor —le dijo, algo tensa—. Solo quise decir que los políticos parecen estar más preocupados por las recaudaciones y por construir imperios que de hacer su trabajo.

—Dudo que al duque de Cromarty le gustara lo que acabas de decir. Y tampoco creo que le haga justicia. —Courvosier la detuvo con un gesto de la mano cuando abrió la boca para responder—. No, ya sé que no te referías al primer ministro. Y entiendo tu reacción después de lo que le ocurrió a tu última nave. Pero la diplomacia es muy importante para el reino en estos momentos, Honor. Esa es la razón de que accediera a la petición del Ministerio de Asuntos Exteriores cuando buscaban a alguien que fuera a la Estrella de Yeltsin.

—Puedo entenderlo, señor. Supongo que le he podido parecer algo petulante, ¿no es así?

—Solo un poco —afirmó Courvosier con una sonrisa tímida.

—Bueno, quizá más que un poco. Pero debo decir en mi defensa que no he tenido mucho contacto con la diplomacia. Mi experiencia está más relacionada con los políticos «domésticos», ya sabe, del tipo zalamero.

—Entonces supongo que tus opiniones son válidas. En cualquier caso, este asunto es crucial y esa es la razón de que quisiera hablar contigo. —Se rascó una ceja y frunció el ceño—. Francamente, Honor, estoy algo sorprendido de que el Almirantazgo haya decidido asignarte esta misión.

—¿De veras? —Intentó disimular que estaba herida por su comentario. ¿Acaso creía el almirante que no haría todo cuanto estuviera en su mano solo porque no le gustaba la política? ¿Estaba convencida de que la conocía mejor!

—Oh, no lo digo porque no confíe en tus capacidades. —La rápida respuesta apaciguó su inquietud y él negó con la cabeza—. Es solo que, bueno, ¿cuánto sabes de la situación de Yeltsin?

—No mucho —admitió—. Todavía no tengo las órdenes oficiales o el informe al respecto, de modo que todo cuanto sé lo obtengo de los periódicos. He estado mirando la *Enciclopedia Real* pero no ha sido de gran ayuda, y su armada ni siquiera aparece en el *Jane*. Supongo que Yeltsin no tiene mucho que nos interese aparte de su ubicación.

—¿Deduzco de tu último comentario que al menos sabes por qué nos gustaría contar con el sistema de nuestra parte? —Courvosier convirtió el comentario en una pregunta y ella asintió.

La Estrella de Yeltsin estaba a menos de treinta años luz al nordeste galáctico del Reino de Mantícora y estaba claro que la República Popular de Haven continuaría con sus ambiciones expansionistas, y solo un idiota o un miembro de los partidos liberal o progresista podría creer que no se desataría pronto una guerra contra Haven. La confrontación diplomática entre ambas potencias se había convertido en algo peliagudo en los dos años-T y medio desde que la República intentara adueñarse de Basilisco, y las dos estaban maniobrando en busca de buenas posiciones antes del inevitable comienzo de la guerra.

Eso es lo que hacía que la Estrella de Yeltsin fuera primordial. Ella y el cercano sistema de Endicott eran los únicos mundos habitados en veinte años luz, y además estaban a mitad de camino entre los dos antagonistas. Tener aliados, o lo que quizá sería más importante, una base de la flota en la zona, no tendría precio.

—De lo que quizá no te des cuenta —continuó Courvosier— es de que aquí hay mucho más en juego que situarnos en un punto estratégico. El Gobierno de Cromarty está intentando construir un cortafuego en contra de Haven, Honor. Tenemos la fortuna necesaria para enfrentarnos a los repos y disponemos también de los avances tecnológicos, pero no podemos igualar su mano de obra. Necesitamos aliados y, lo que es más importante, necesitamos que se nos considere un jugador apto, alguien con la templanza necesaria para enfrentarse

a Haven y vencerla. Hay todavía demasiada gente neutral ahí fuera, y es muy probable que aún la haya cuando todo empiece. Tenemos que convencer a tantos como podamos para que sean «neutrales» a nuestro favor.

—Lo entiendo, señor.

—Bien, pero la razón de que esté sorprendido de que el Almirantazgo te haya asignado esta empresa en particular es porque eres mujer. —Honor pestañeó completamente sorprendida y Courvosier se rió sin alegría al ver su expresión.

—Me temo que no lo entiendo, señor.

—Lo entenderás cuando recibas el informe —prometió Courvosier con amargura—. Entretanto, déjame que te resuma los detalles importantes. Siéntate, capitana.

Honor se arrellanó en una silla y levantó a *Nimitz* de su hombro, colocándolo posteriormente en el regazo, mientras miraba atenta a su superior. Parecía estar muy preocupado y, a pesar de todo, no era capaz de imaginar qué tenía que ver su sexo con su habilidad para dar órdenes.

—Debes entender que el asentamiento en la Estrella de Yeltsin es más antiguo que el de Manticora —empezó Courvosier con su mejor voz de orador—. Los primeros colonos aterrizaron en Grayson, el único planeta habitable de Yeltsin, en 988 d. D., casi quinientos años antes de que nosotros apareciéramos en escena. —Los ojos de Honor se entrecerraron por el asombro y él asintió—. Así es. De hecho, Yeltsin todavía no había sido inspeccionada cuando abandonaron el sistema Sol. Además, el proceso criogénico llevaba en marcha menos de diez años cuando partieron.

—¿Pero por qué, en el nombre de Dios, vinieron hasta aquí? —inquirió Honor—. ¡Seguramente dispondrían de mejores datos astronómicos en sistemas más cercanos a Sol!

—Desde luego, pero acabas de dar en el blanco. —Ella frunció el ceño y él sonrió débilmente—. ¡Por Dios Santo, Honor!, eran fanáticos religiosos en busca de un hogar donde nadie pudiera molestarlos. Supongo que se figuraron que más de quinientos años luz era lo bastante lejos en una época en la que ni siquiera se había teorizado acerca del viaje por el hiperespacio. El caso es que la Iglesia de la Humanidad Libre se embarcó en un salto de fe, sin tener la menor idea de qué iban a encontrar al otro lado.

—¡Dios! —Honor estaba conmovida. Era una oficial profesional de la Armada y solo con imaginarse la cantidad de maneras horribles en las que los colonos podrían haber perecido, le daban ganas de vomitar.

—Precisamente. Pero lo más interesante es por qué lo hicieron. —Honor enarcó una ceja y él se encogió de hombros—. Querían alejarse de «los efectos corruptores y destructores del alma que traía consigo la tecnología» —le explicó, y ella lo miró incrédula.

—¿Utilizaron una nave espacial para alejarse de la tecnología? Eso... ¡eso no tiene sentido, señor!

—No, la verdad es que tiene un poco de sentido. —Courvosier se recostó y se apoyó sobre una mesa, cruzando los brazos—. Aunque eso mismo pensé yo cuando el Ministerio de Asuntos Exteriores me informó del trasfondo del sistema. No obstante, al cabo de un tiempo me di cuenta de que tenía sentido de una forma casi absurda. Recuerda que esto ocurrió en el amanecer del siglo IV de la Diáspora, cuando por fin la Vieja Tierra estaba empezando a controlar los problemas causados por la polución, por la escasez de recursos y por la ingente cantidad de población. De hecho, las cosas habían mejorado durante los últimos doscientos años, a pesar de los esfuerzos que los estúpidos grupos ecologistas y los de La Tierra Primero habían hecho por sabotear las diversas iniciativas espaciales. Quizá los argumentos de los de La Tierra Primero fueran los más aceptables, teniendo en cuenta la cantidad de recursos que la economía del sistema Sol hubo de dedicar a la construcción de las naves de colonos, pero al menos supieron ver las ventajas que derivaron de ello. La industria espacial, las operaciones de extracción en los asteroides, los colectores de energía orbital; finalmente todo ello estaba en funcionamiento y la calidad de vida mejoraba en el conjunto del sistema. La mayoría de las personas estaba encantada, y la queja principal de los de La Tierra Primero es que ese nivel de vida habría mejorado mucho antes si la gente no se hubiera preocupado solo de construir naves interestelares para los colonos.

»Por otro lado, seguían existiendo los grupúsculos excéntricos, en particular los ecologistas extremos o los neoluditas, que no distinguían entre los esfuerzos de los colonizadores y cualquier otra actividad espacial. Insistían, cada uno por sus razones, que la única solución real era deshacerse de toda la tecnología y vivir de forma sencilla. —Honor soltó un bufido a modo de mofa y el almirante se rió—. Ya lo sé. Se hubieran convertido en una panda de locos si lo hubieran intentado siquiera, especialmente en un sistema donde existía una población de más de doce mil millones de personas que debían alimentarse y encontrar un lugar donde vivir. Pero la mayoría de esas idioteces surgieron en las naciones con un desarrollo económico mayor. Los extremistas se hacen más radicales, y no menos, cuanto más próximos están los problemas de resolverse, y estos grupos no tenían idea de lo que era un planeta sin tecnología porque jamás habían conocido algo ni remotamente parecido. Además, después de estar tres siglos condenando los efectos malvados que traía consigo la tecnología y de echarle la culpa a sus sociedades, argumentando que estas eran avariciosas y que explotaban a sus ciudadanos, los ecologistas acabaron siendo un grupo de analfabetos tecnológicos que no tenían relevancia alguna para el mundo que los rodeaba; las habilidades que tenían los neoluditas a la hora de desempeñar su trabajo fueron sustituidas por las nuevas tecnologías. Sus antecedentes, desde luego, no los ayudaba a comprender lo que estaba sucediendo, y adjudicar soluciones sencillas a problemas intrincados es mucho más fácil que sentarse a pensar hasta dar con una respuesta valedera y que repare la cuestión definitivamente.

»En cualquier caso, la Iglesia de la Humanidad Libre era el producto de un tipo llamado Austin Grayson, el reverendo Austin Grayson, de un lugar llamado el estado de Idaho. De acuerdo con el Ministerio de Asuntos Exteriores, existían en aquel momento hordas de lunáticos que formaban grupos ilegales, y Grayson era del tipo de «volvamos a la Biblia» que se enroló en el movimiento de «prohibamos las máquinas». Lo único que lo diferenciaba de los demás excéntricos y violentos era su carisma, su determinación y su talento natural para atraer a conversos. De hecho, consiguió organizar una expedición de colonos que previamente habían aportado varios miles de millones de dólares, con la intención de llevar a sus seguidores a la Nueva Sión y su maravilloso, y libre de toda tecnología, Jardín del Edén. Realmente era un concepto bastante elegante, me refiero a utilizar la tecnología para alejarse de la misma.

—¿Elegante? —bufó Honor y el almirante volvió a reír.

—Por desgracia, dieron de bruces con una sorpresa desagradable al final de su viaje. Grayson es un lugar bonito en muchos sentidos, pero es un planeta de alta densidad con unas concentraciones inusuales de metales pesados, y no existe una sola planta o animal nativo que los humanos puedan comer sin morir al poco tiempo. Lo que implicaba, claro...

—Que si renunciaban a la tecnología no podrían sobrevivir —concluyó Honor, y él asintió.

—Exactamente. Por supuesto, no querían admitirlo. De hecho, Grayson nunca lo hizo. Vivió otros diez años-T y, al término de cada uno de ellos el final de la tecnología estaba a punto de llegar, pero había un tipo llamado Mayhew que se dio cuenta de la verdad mucho antes. Según lo que he podido averiguar en los informes, se alió con otro hombre, un tal capitán Yanakov, que había pilotado la nave de colonos, y ambos desencadenaron algo parecido a una revolución doctrinal después de que muriera Grayson. Aseguraron a la gente que la tecnología, por sí sola, no era demoníaca, solo la manera en la que se había utilizado en la Vieja Tierra. Lo que importaba no era la máquina, sino el estilo de vida pagano y admirador únicamente de la máquina que la humanidad había abrazado.

Se meció sobre los talones, absorbo en sus pensamientos durante un momento, y luego se encogió de hombros.

—En fin, abandonaron la fobia que la teología de Grayson sentía hacia las máquinas y se concentraron en crear una sociedad que estuviera estrictamente relacionada con la palabra sagrada de Dios. Lo que —lanzó una mirada fugaz a Honor por debajo de su ceño fruncido— incluía la teoría de que «el hombre es el dueño de la mujer».

Era el turno de que Honor arrugara el entrecejo. Él suspiró.

—¡Maldita sea, Honor, eres demasiado manticoriana! ¡Y que Dios nos ayude —añadió, riéndose de pronto con una risa carente de burla— si tu madre llegara a parar alguna vez a Grayson!

—Me temo que todavía no lo entiendo, señor.

—Desde luego que no —suspiró Courvosier—. Verás, las mujeres en Grayson no tienen derechos, Honor. Ninguno en absoluto.

—¿Cómo! —exclamó, incorporándose de pronto en la silla. *Nimitz* gorjeó alarmado cuando sintió moverse el regazo bajo su cuerpo, y ella hizo una mueca cuando una uña de un centímetro de largo se hundió algo más profundamente de lo que tenía pensado. No obstante, su conciencia apenas se percató.

—Así es. No pueden votar, ni tampoco ser propietarias de nada, no pueden participar en un jurado y, sobre todo, no pueden servir en el Ejército.

—Pero eso es... ¡es una barbarie!

—Oh, no estoy seguro de eso —respondió Courvosier, sonriendo de forma maliciosa—. Supongo que, de cuando en cuando, es tranquilizador.

Honor le lanzó una mirada asesina y su sonrisa se desvaneció.

—Eso no ha resultado ser tan divertido como tenía pensado. Pero la situación tiene aún menos gracia. Verás, Masada, el planeta habitado del sistema Endicott, fue colonizado desde Grayson, y no precisamente de una manera voluntaria. Lo que empezó siendo un cisma a consecuencia del uso continuado de la tecnología terminó generando otras ideologías cuando se hizo evidente que nadie podría sobrevivir sin ella. Los que al principio integraban la facción a favor de la tecnología acabaron convirtiéndose en los «moderados», y los que estaban en contra pasaron a ser los «fieles». Cuando los fieles se vieron obligados a aceptar que no podrían librarse de las máquinas, se concentraron en crear una sociedad perfectamente cristiana, y si crees que el actual Gobierno de Grayson está un poco atrasado, ¡deberías ver lo que se les ocurrió! ¡Normas religiosas en cuanto a los hábitos de alimentación, limpiezas rituales para todos los pecados imaginables, leyes que permiten lapidar a cualquiera que se aparte del Único Camino! Al final, ambos grupos acabaron enfrentándose y los moderados tardaron más de cinco años en derrotar a los fieles.

»Por desgracia, los fieles habían construido un arma del juicio final; si no podían tener una sociedad perfecta, entonces harían saltar por los aires todo el planeta porque, claro, así respetarían la voluntad de Dios.

El almirante bufó completamente disgustado, negó con la cabeza y luego suspiró.

—En fin, el caso es que el Gobierno de Grayson, los moderados, hicieron un trato con ellos y los exiliaron a todos, junto con sus látigos, a Masada, donde se dedicaron a crear la sociedad que Dios había querido. Salvó a Grayson, pero entre tanto los fieles se han hecho cada vez más intolerantes. Existe un montón de detalles de su supuesta religión de los que no he podido obtener información alguna, pero sé, por ejemplo, que se han deshecho de todos los Nuevos Testamentos porque dicen que si Cristo realmente hubiera sido el Mesías, la tecnología nunca hubiera triunfado en la Vieja Tierra, ellos no hubieran sido expulsados de Grayson y la mujer se hubiera mantenido en su lugar a lo largo de todo el tiempo.

Honor lo miró, demasiado aturdida como para no creer lo que estaba diciéndole, y él volvió a negar con un gesto.

—Lo malo del asunto es que creen que Dios espera que arreglen todas las cosas que van mal en el universo, y todavía se proponen que Grayson acepte completamente su doctrina. Ninguno de los dos sistemas tiene, y perdóname por utilizar esta expresión, dónde caerse muerto económicamente hablando, pero están demasiado próximos en el espacio y han librado varias batallas a lo largo de los siglos, que culminarían con un ataque nuclear. Lo que, por supuesto, abre una puerta por la que tanto Haven como nosotros estamos intentando entrar. Esa es también la razón de que el Ministro de Exteriores me convenciera de que necesitamos un tipo especializado en asuntos militares, alguien como este humilde servidor, que encabece la delegación. Los graysonianos conocen perfectamente la amenaza que supone Masada y les gustará saber que la persona que negocie con ellos también es consciente de ello.

Negó con la cabeza y arrugó los labios.

—Es un maldito lío, Honor, y me temo que nuestros motivos no son tan puros como la nieve. Necesitamos una base en esa área. Y, lo que es más importante, tenemos que asegurarnos de impedir que Haven se asiente en una que estaría tan próxima a nosotros. Esos detalles van a ser tan evidentes para la gente de allí como lo son para nosotros, así que estamos obligados a involucrarnos en su conflicto, al menos como mediadores entre ambos grupos. Si yo estuviera en el Gobierno de Grayson sería, desde luego, algo en lo que insistiría porque el credo básico de la teología de Masada explica que volverán a Grayson algún día, triunfantes y dispuestos a derrocar a los herederos de aquellos herejes que exiliaron a sus ancestros de su edén. Lo que significa que Grayson necesita un poderoso aliado exterior. En cuanto empezamos a cortejarlos, los repos se fueron sin dilación a convencer a los de Masada. Pensarás, y tendrás razón, que posiblemente hubieran preferido a los graysonianos, pero estos parecen algo más conscientes de lo fatal que sería hacerse «amigos» de la República Popular.

»Y esa es la razón, Honor, de que debas saber cuál es la situación, hablando en términos diplomáticos. No vas a pasar desapercibida en ningún momento y el que el reino haya enviado a una mujer para liderar el movimiento militar, bueno...

Concluyó encogiéndose de hombros y ella asintió muy despacio, todavía intentando asimilar cómo era posible que en la época actual existiera todavía cualquier civilización tan retrógrada.

—Entiendo, señor —dijo en voz baja—. Entiendo a qué se refiere.

Honor soltó las anillas y bajó dando una voltereta acompañada de un salto mortal. Estaba muy lejos de ser una gimnasta profesional, pero aterrizó casi de forma perfecta y se inclinó con una elegancia extravagante hacia su público, que la observaba con mirada tolerante desde su confortable posición en las barras paralelas. Inhaló profundamente y se pasó las manos por su cabello de dos centímetros de longitud para secarse el goteante sudor, luego se restregó una toalla por la cara antes de colgársela del cuello y mirar al ramafelino con severidad.

—Un poco de ejercicio no te haría daño, ¿sabes? —dijo, jadeante.

Nimitz respondió con una sacudida coqueta de su mullida cola prensil y luego suspiró aliviado cuando ella se acercó a los controles gravitatorios dispuestos en la pared. Reguló la gravedad del gimnasio a una *ge*, que era lo habitual a bordo de todas las naves de la RAM, y el felino se deslizó por las barras hacia abajo. Nunca había podido entender por qué insistía ella en nivelar la gravedad del gimnasio a las 1,35 *ges* del planeta en el que había nacido. No es que *Nimitz* fuera perezoso, pero, desde su sencillo punto de vista, el esfuerzo era algo que había que soportar y no perseguir. Estaba convencido de que la baja gravedad estándar de la nave era el mejor invento desde el descubrimiento del apio y si ella tenía que hacer ejercicio, podría al menos hacer algo que a él le gustara.

Corrió hacia el vestuario y Honor oyó cómo sonaba la puerta de su casillero. Entonces reapareció emitiendo un feliz *¡blik!* y ella levantó la mano justo a tiempo de coger un disco de plástico que volaba a gran velocidad por el aire, justo delante de su cara.

—¡Pero serás pelota! —Ella rió y él gorjeó encantado, bailando de un lado al otro sobre las patas de en medio y las traseras, al tiempo que extendía sus manos hacia delante.

Ella volvió a reírse y lanzó el antiguo *frisbee* hacia él. Había poco espacio para practicar las complicadas tiradas que se podían realizar en un planeta, pero *Nimitz* ronroneaba de placer. Se había convertido en un apasionado del *frisbee*

en el mismo momento en el que vio al padre de Honor, mucho más joven entonces, jugar al mismo juego con su golden retriever. Y, a diferencia del perro, él sí tenía manos.

Honor cogió al vuelo el disco que siseaba de regreso y sonrió, luego hizo un amago de lanzarlo hacia lo alto, en una tirada con bucle, pero finalmente lo lanzó a la altura de las rodillas... lo que en realidad era hacia la barbilla del ramafelino. Él lo agarró con destreza y dio vueltas en círculo, sirviéndose de sus verdaderas patas y de sus manos para recordar por un momento la forma en la que tiraban los discos los lanzadores olímpicos, luego lo lanzó.

Sus manos le ardieron a causa de la fuerza con la que recibió el tiro, y negó con un gesto al lanzarlo de nuevo hacia el otro lado. Después de todos estos años, todavía no había conseguido engañarlo. Nadie sabía exactamente cómo funcionaban los sentidos empáticos de los ramafelinos, pero el pequeño diablo siempre sabía cuándo intentaba jugársela.

Lo que era más de lo que podía decir sobre ella. Su siguiente lanzamiento le llegó describiendo giros como un bumerán. Falló al recogerlo y tuvo solo el tiempo suficiente de agacharse antes de que el disco pasara silbando sobre su cabeza, rebotara contra una pared y *Nimitz* se apresurara a cogerlo. Saltó hacia arriba y aterrizó justo encima del disco, exclamando un victorioso ¡*blik!* al mismo tiempo que se ponía a improvisar un baile.

Honor se enderezó, negó con la cabeza y empezó a reír.

—Muy bien, has ganado —le dijo, poniendo los brazos en jarras y apoyando las manos contra las caderas—. Supongo que querrás cobrarte la prenda habitual... —*Nimitz* asintió complacido y ella suspiró—. Muy bien, dos tallos de apio con la comida de mañana. ¡Pero solo dos!

El ramafelino se detuvo a meditarlo durante un instante, luego movió la cola afirmativamente y se levantó sobre sus auténticos pies hasta alcanzar sus sesenta centímetros de estatura. Abrazó las rodillas de la mujer con sus patas intermedias y le dio unas palmaditas en el muslo con las manos. *Nimitz* no podía hablar, a pesar de tener una inteligencia que, por desgracia, los humanos tendían a infravalorar, pero sabía lo que quería. Él volvió a darle palmaditas, pero esta vez más fuerte, y ella bajó la mirada y le sonrió, apartó la parte de arriba de la malla sudada de sus pechos con una mano y con la otra se abanicó las mejillas.

—¡Oh no, ni hablar, gatito maloliente! No voy a confiar en tus garras cuando visto una prenda tan fina.

Él sorbió por la nariz, consiguiendo parecer al mismo tiempo desdeñoso, digno de confianza y de lástima, y abandonado. Emitió un fuerte y cariñoso ronroneo cuando ella se ablandó y lo cogió en brazos. Iba a colocarlo en su posición normal sobre su hombro, pero él se dio la vuelta, se apoyó de espaldas en sus brazos, dejando que sus dos patas traseras pendieran en el aire, mientras agarraba con sus supuestas manos el disco. Quedó encantado cuando ella empezó a mecerlo.

—Oh, por favor, eres un animalito muy mimado —le dijo, hundiendo la nariz en la suave piel de su tripa color crema. Él lanzó otro *¡blik!* alegre, al tiempo que ella se dirigía a las duchas.

Honor tenía el gimnasio para ella sola porque ya era muy tarde a bordo del *Intrépido* y la mayoría de los tripulantes del crucero estaban en sus camas. Allí era donde debería estar ella, pero pasaba demasiado tiempo sentada detrás de una mesa y el día parecía no tener horas suficientes para hacer ejercicio. Además, hacerlo a aquella hora le permitía modificar la gravedad sin molestar a nadie. Aunque su actual falta de aliento y el débil temblor en sus músculos debido al esfuerzo le indicaba que no había pasado las suficientes noches en el gimnasio.

Entró en el vestuario, dejó a *Nimitz* a un lado y se apuntó mentalmente que debía hacer más ejercicio, mientras se quitaba la malla. El ramafelino guardó con cuidado el disco de nuevo en el casillero y la miró con reproche cuando ella dejó caer con desorden sus prendas empapadas en sudor antes de entrar en la ducha.

El agua caliente se deslizó tranquilamente por todo su cuerpo y giró el rostro hacia la alcachofa, a la vez que buscaba la jabonera automática. Sí, desde luego necesitaba buscar más tiempo para hacer su gimnasia. Y, mientras pensaba en ello, se dio cuenta de que ya era hora de encontrar a otra persona con la que entrenar sus habilidades pugilísticas. El teniente Wisner había sido un buen compañero, pero lo habían transferido a otra nave como parte de la rutina de rotación de personal durante las reparaciones que había experimentado el *Intrépido*, y Honor se percató de que había estado posponiendo encontrar un reemplazo con la excusa de que no tenía tiempo para ello.

Frunció el ceño hacia el chorro que caía de la alcachofa y se enjabonó el cabello corto y rizado. La sargento mayor Babcock, la jefa del destacamento de marines, podría ser una buena opción. Quizá demasiado buena. Había pasado mucho tiempo desde que Honor formara parte del equipo de combate sin armas de la Academia y, a juzgar por su apariencia, Iris Babcock posiblemente podría dejarla hecha un higo sin siquiera sudar. Lo que, además de ser una perspectiva vergonzosa, con toda seguridad la animaría, pensó mientras se terminaba de aclarar y cerraba el grifo, a ponerse en forma rápidamente.

Volvió empapada al vestuario y buscó una toalla limpia. *Nimitz* se hizo un ovillo sobre el banco y esperó paciente a que ella se secara y se pusiera el uniforme y la gorra blanca, que distinguía a los comandantes de las naves espaciales, sobre su todavía mojado cabello. Ya estaba preparado para saltar a su hombro en cuanto ella se hubo puesto la guerrera con aquella hombrera especialmente mullida.

Ella lo levantó, lo colocó en su lugar habitual y se dirigió a su camarote. La verdad es que debería echarse a dormir, pero aún le quedaba un poco de papeleo del que encargarse, de modo que se encaminó a su camarote de día.

Dio una palmada para que se encendieran las luces y cruzó el espacio que la separaba de su mesa, sin dejar que la mampara que iba desde el techo hasta la altura de su rodilla la distrajera. Se permitió un momento para comprobar el módulo de soporte vital afianzado a la mampara junto a la mesa. Era el último modelo, con toda clase de silbatos y campanas, una resistencia mayor y otras características de seguridad adicionales, además de nuevo. Comprobaba a diario todos los datos, pero hasta que estuviera totalmente familiarizada con todas las características pretendía verificarlas también cada vez que pasara junto a él.

Nimitz, todavía recostado sobre su hombro, emitió un sonido suave con el que se mostraba de acuerdo. Sabía para qué y para quién era ese módulo, y su experiencia personal lo convertía en un leal partidario del mismo. Ella sonrió al oírlo y puso derecha, con sumo cuidado, una placa dorada combada por el calor que pendía de la pared antes de sentarse detrás de la mesa.

Acababa de encender su terminal cuando MacGuinness apareció con una taza humeante y ella volvió a preguntarse si tenía algún tipo de circuito de control mental dentro del ordenador. Él aparecía siempre, como por arte de magia, en el mismo instante en el que arrancaba el sistema y, a pesar de lo tardío de la hora, insistía en llevarle aquel cacao rico y dulce que le encantaba beber mientras trabajaba.

—Gracias, Mac —agradeció al coger la taza.

—De nada, señora. —MacGuinness concluyó el ritual con una sonrisa. El asistente de primera clase llevaba junto a ella desde que gobernara la última nave, y se habían acomodado en una rutina tranquila en los últimos veintisiete meses.

Se sentía inclinado a consentirla, pero Honor había descubierto (y de alguna manera se sentía culpable por ello) que no tenía ningún problema con que la mimaran demasiado.

Él regresó a su despensa y ella concentró la atención en el monitor. Se suponía que oficialmente no estaba allí para apoyar la misión del almirante Courvosier. En su lugar, era una oficial al mando a la que habían ordenado escoltar un convoy cuyo objetivo era alcanzar el sistema Casca, a veintidós años luz de la Estrella de Yeltsin. Ni Yeltsin ni Casca estaban rodeados por unos vecinos recomendables, porque la política de los sistemas con una única estrella solían lanzar proposiciones difíciles de aceptar por los posibles aliados. Muchos habían sufrido experiencias amargas y personales en las redadas antipiratería y siempre se habían sentido tentados de mejorar su situación ejerciendo la piratería contra los comerciantes de sistemas más ricos que los suyos que transitaban por la zona. Las circunstancias habían empeorado últimamente y Honor (y, por ende, la Oficina de Inteligencia Naval) sospechaba que el interés que tenía Haven en la región era la razón. Una sospecha que explicaba por qué el Almirantazgo había organizado un convoy con una escolta de dos cruceros y un par de destructores.

Honor asintió cuando vio aparecer y leyó los informes de situación en su monitor. Como esperaba, tenían buena pinta. Esta era su primera oportunidad para liderar lo que, al fin y al cabo, sería su propio escuadrón, y si todos los capitanes de la Armada eran tan buenos como sus oficiales al cargo, mandar sobre aquel escuadrón sería un juego de niños.

Terminó de leer el último informe y se recostó contra el respaldo, mientras bebía sorbos de su cacao y *Nimitz* se hacía un ovillo en su refugio encajado en la mampara. No estaba muy satisfecha con uno o dos miembros de la plantilla de expertos del Ministerio de Asuntos Exteriores que acompañaban al almirante Courvosier. En cualquier caso, no tenía queja de su nuevo trabajo salvo por la cantidad de tiempo que este le ocupaba. Y eso, se dijo a sí misma, era culpa suya. Andreas era perfectamente capaz de encargarse de la nave sin su ayuda, y estaba casi segura de que pasaba demasiado tiempo preocupándose por las actividades diarias del convoy. Delegar era lo que siempre le había supuesto un mayor esfuerzo y, sin embargo, sabía que en esta ocasión era otro factor el que explicaba su comportamiento. Mantener sus manos apartadas y permitir que Andreas gobernara el *Intrépido*, de tal forma que ella estuviera libre para preocuparse del resto del escuadrón, era precisamente lo que debía estar haciendo, pero lo que no quería hacer. Y no era porque desconfiara en sus capacidades, sino porque tenía miedo de perder aquello que todo capitán de la Armada adoraba, esto es, el ejercicio activo de su autoridad y responsabilidad como patrona, después de Dios, en una de las naves de su majestad.

Suspiró cansinamente y terminó de beberse el cacao. MacGuinness sabía muy bien cómo hacerlo, y las suaves y ricas calorías eran otra razón para ejercitarse más aún, pensó con una sonrisa en los labios. Luego se levantó y caminó hasta la mampara para admirar el inquietante y cambiante esplendor del hiperespacio.

Aquella mampara era una de las cosas que Honor más apreciaba de su nave. Sus camarotes a bordo de la última nave, el antiguo crucero ligero que le había legado su nombre y honores de batalla al actual *Intrépido*, no habían contado con ellas. En cualquier caso, a Honor le gustaba mirar para renovar la sensación de vastedad que le brindaba el universo. Le proporcionaba además un momento para relajarse y una nueva perspectiva; se daba perfecta cuenta de lo insignificante que era cualquier ser humano en comparación con esa enorme creación, de tal forma que sobrevivir en ella era casi un desafío. Emitiendo un suspiro, estiró su larguísimo cuerpo sobre los cojines del sofá.

El *Intrépido* y las otras naves de su convoy cabalgaban sobre las complejas corrientes de una onda gravitacional que no había conseguido reunir la dignidad necesaria como para que se le concediera un nombre propio, solo un número de catálogo. El camarote de Honor estaba a unos cien metros de los nodos impulsores posteriores del *Intrépido*, y el disco etéreo de trescientos kilómetros de la vela posterior de Warshawski del crucero parpadeaba y brillaba como un ardiente relámpago helado, dominando el panorama que se avistaba desde la

mampara con su tímida gloria, al tiempo que aprovechaba el impulso que le proporcionaba el poder de la onda gravitacional. El factor de agarre estaba ajustado a una fracción diminuta, casi infinitesimal de su total eficacia, y proporcionaba una aceleración minúscula que se compensaba exactamente por la deceleración de la vela delantera que mantenía al *Intrépido* al cincuenta por ciento de la velocidad de la luz. El crucero podría haber mantenido una velocidad un veinte por ciento más elevada, pero la mayor densidad de las partículas de las hiperbandas habría atravesado rápidamente los débiles escudos antirradiación de las naves mercantes.

Los ojos castaños de Honor estaban ensimismados mientras ella contemplaba la vela, fascinada como lo había estado siempre por su fluida belleza helada. Podría haber plegado las velas de la nave y permitir que esta se moviera a mayor velocidad, pero aquellas velas mecían al *Intrépido* cuidadosamente entre ellas, convirtiéndolo en el eje de su tierno balancín y otorgando al crucero un momento de descanso. La corriente de la onda gravitacional era de apenas medio mes luz de profundidad y un mes luz de anchura; un sencillo arroyo en comparación con los titanes como las Profundidades Rugientes, aunque su poder bastaba para conseguir que la nave acelerara hasta mil gravedades en menos de dos segundos. Y si los detectores de gravedad del *Intrépido* hubieran detectado una inesperada turbulencia delante, podrían haber transitado a esa velocidad.

Honor se sacudió y permitió que su mirada vagara más allá. La vela impedía la visión de todo cuanto estuviera en la popa del *Intrépido*, pero el hiperespacio infinito se extendía por delante y por el través. El mercante más próximo estaba a mil kilómetros de distancia, lo que brindaba a ambas embarcaciones sitio más que de sobra para desplegar sus velas, e incluso una nave comercial de cinco megatoneladas era una mota apenas visible en la distancia. En cualquier caso, la mirada entrenada de Honor pudo advertir el fulgor que manaba de los discos de las velas de Warshawski, como un defecto extraño y permanente en aquel maravilloso caos que era el hiperespacio, y a la popa del mismo estaba el brillo de otro estupendo mercante.

Sus mercantes, se recordó, su responsabilidad; eran además lentos, gruesos, torpes, y el más pequeño de ellos seis veces más grande que las trescientas toneladas del *Intrépido*, pero sin ninguna defensa y atestados de cargamentos cuyo valor combinado estaba más allá de toda comprensión. Más de ciento cincuenta mil millones de dólares manticorianos se dirigían a la Estrella de Yeltsin. Entre otras cosas había equipo médico, material escolar, maquinaria pesada, herramientas de precisión, ordenadores de circuitos moleculares y otros programas informáticos que actualizaran y modernizaran la obsoleta base industrial de Grayson. Cada penique se había gastado mediante «préstamos» de la Corona que equivalían a regalos. Era una no muy discreta evidencia de cuánto deseaba el Gobierno de la reina Isabel que triunfara la alianza que el almirante

Courvosier buscaba, y era responsabilidad de Honor que todo ello se entregara en perfectas condiciones.

Se recostó más aún en el mullido sofá y disfrutó del relajamiento muscular que sigue a la práctica de ejercicio. Sentía los ojos castaños muy pesados. A ningún patrón de la Armada le gustaba vigilar los convoyes. Las naves mercantes no contaban con las poderosas velas de Warshawski y los compensadores que tenían las de guerra, y sin ellos no se atrevían a aventurarse mucho más allá de las bandas delta del hiperespacio, mientras que las naves de guerra podían ascender a las eta e incluso a las zeta. En aquel momento, por ejemplo, el convoy de Honor transitaba por las bandas medio delta, lo que traducía su auténtica velocidad de $0,5 c$ por una efectiva de poco más de mil veces la velocidad de la luz. A ese ritmo, el viaje de treinta y un años luz a la Estrella de Yeltsin les llevaría diez días, o mejor dicho, poco más de nueve, según los relojes de a bordo. Por sí solo, el *Intrépido* podría haberlo hecho en menos de cuatro.

Pero eso estaba bien, pensó Honor soñolienta mientras *Nimitz* saltaba a su pecho con su tranquilo y constante ronroneo. Se hizo un ovillo y apoyó la barbilla entre sus pechos, y ella acarició sus orejas con suavidad. Cuatro o diez días eran lo de menos. No tenía la menor intención de conseguir batir ningún récord. Debía entregarlo todo en perfectas condiciones, y la protección de los cargueros era una de las razones por las que los cruceros se habían diseñado y construido de una forma tan específica.

Bostezó, deslizándose todavía más en el sofá, y contempló la posibilidad de levantarse y meterse en la cama, pero su mirada adormilada se mantuvo fija en los ondeantes grises y negros, los palpitantes morados y verdes del hiperespacio. Brillaba y vibraba, llamándola, carente de estrellas, cambiante e infinito, hermosamente variable, y los ojos se le cerraron. El ronroneo de *Nimitz* era suave, como una tierna canción de cuna que resonaba en las profundidades de su mente.

La capitana Honor Harrington ni siquiera se movió cuando el asistente de primera clase MacGuinness entró de puntillas en su camarote y la tapó con una manta. Se quedó un momento mirándola con una sonrisa en los labios y luego se marchó tan silenciosamente como había llegado. Las luces del camarote se apagaron hasta quedar por completo a oscuras tras él.

Las níveas mantelerías de lino resplandecían, y la plata y la porcelana brillaban. El sonido de las conversaciones se había convertido en un zumbido, al tiempo que los camareros recogían los platos de postre. MacGuinness se movía silenciosamente alrededor de la mesa sirviendo el vino, mientras Honor contemplaba cómo las luces refulgían en las profundidades rubí del núcleo de su copa.

El *Intrépido* era joven, uno de los cruceros pesados de la real armada manticoriana más nuevos y poderosos. El tipo Caballero Estelar servía a menudo como escuadrón o nave insignia de la flota, y DepNaves lo había tenido en mente cuando diseñaron las instalaciones. El camarote principal del almirante Courvosier era muchísimo más espléndido que el de Honor, y el comedor del capitán era, según los baremos de la Armada, enorme. Aunque no bastaba para acomodar a todos los oficiales de Honor (un crucero pesado era una nave de guerra y en ninguna de ellas se consentía que existieran espacios inutilizados), sí era más que suficiente para albergar a todos sus oficiales al mando y a la delegación de Courvosier.

MacGuinness terminó de servir el vino y Honor miró alrededor, a lo largo de la mesa. El almirante, que fiel a su nuevo cargo se había despojado de su uniforme militar y vestía ropas de civil, estaba sentado a su derecha. Andreas Venizelos estaba frente a él, sentado a su izquierda; desde allí, los invitados se sentaban a ambos lados de la mesa, en categoría e importancia descendiente, desde los militares a los civiles y, por último, a los pies de la misma, estaba la alférez Carolyn Wolcott. Este era el primer crucero de Wolcott después de su graduación y parecía casi una colegiala vestida con el uniforme de su madre. Esta noche era, además, la primera en que se unía a su capitana para cenar, y su ansiedad se había adivinado en los modales excesivamente controlados. Pero la RAM opinaba que el mejor lugar en el que un oficial podía aprender cuáles eran sus compromisos, no solo los profesionales sino también los sociales, era en el espacio. Honor captó la atención de la alférez y tocó el borde de su copa.

Wolcott se sonrojó, recordó cuál era su responsabilidad como oficial más joven, y se levantó. El resto de los invitados calló y ella se enderezó cuando todos los ojos se volvieron para mirarla.

—Señoras y caballeros—levantó la copa; su voz era más profunda melodiosa y segura de lo que Honor esperaba—, ¡por la reina!

—¡Por la reina! —Le llegó la respuesta de los demás al unísono. Todos levantaron sus copas y Wolcott se deslizó de nuevo en su silla, evidentemente aliviada una vez hubo completado aquella formalidad. Miró hacia arriba, a su capitana, y su rostro se relajó cuando vio su expresión de aprobación.

—¿Sabes? —susurró Courvosier en el oído de Honor—. Todavía recuerdo cuando tuve que hacer eso por primera vez. Es curioso lo aterrador que puede llegar a ser, ¿no crees?

—Todo es relativo, señor —le respondió ella con una sonrisa—. Y supongo que no nos hace mal. ¿No fue usted quien me dijo que un oficial de la reina debía ser tan diestro en el arte de la diplomacia como en el de la táctica?

—La verdad es, capitana, que ese es un comentario muy cierto —intervino otra voz, y Honor tuvo que controlarse para no hacer una mueca de disgusto—. De hecho, desearía que más oficiales de la Armada se dieran cuenta de que la diplomacia es incluso más importante que la táctica y la estrategia —continuó el honorable Reginald Houseman con su profunda y educada voz de barítono.

—No creo poder estar completamente de acuerdo con eso, señor —respondió Honor con calma. Tenía la esperanza de que su enfado por su intrusión en una conversación privada no se le notara—. Por lo menos, no desde el punto de vista de la Armada. Es importante, desde luego, pero nuestro trabajo empieza cuando la diplomacia ha fracasado.

—¿De veras? —Houseman sonrió con aquella sonrisa prepotente que Honor tanto odiaba—. Entiendo que los militares a menudo carecen del tiempo suficiente para el estudio de la Historia, pero un antiguo soldado de la Vieja Tierra dio en el blanco al decir que la guerra era sencillamente la continuación de la diplomacia por otros medios.

—Está usted parafraseándolo y sacándolo de su verdadero contexto, pero supongo que, a grandes rasgos, era eso lo que pretendía expresar el comentario del general Clausewitz. —Los ojos de Houseman se entrecerraron al oír a Honor pronunciar su nombre y rango. Algunas conversaciones cesaron y otros ojos se volvieron hacia ellos—. Desde luego, Clausewitz salió de la era napoleónica de la Vieja Tierra, en una época en la que estaban por escribirse aún los pasos finales del imperialismo occidental, y *De la guerra* no trata exactamente acerca de la política o la diplomacia, excepto en que estas y la guerra son instrumentos de la política de un Estado. De hecho, Sun Tzu hizo el mismo comentario más de dos mil años-T antes. —Un leve rubor tiñó el rostro de Houseman y Honor sonrió encantada—. En cualquier caso, ninguno de los dos monopolizó el concepto, ¿no está de acuerdo? Tanakov dijo algo muy parecido en sus *Principios*

de la guerra justo después de que la vela de Warshawski hiciera posible la guerra interestelar, y Gustav Anderman demostró cómo los métodos diplomáticos y militares pueden emplearse para reforzarse mutuamente cuando conquistó Nuevo Berlín y lo incluyó en el Imperio anderman en el siglo XVI. ¿Ha leído *Sternenkrieg*, señor Houseman? Es una interesantísima destilación de algunos de los teóricos más modernos, con una pizca de cosecha propia, probablemente de su experiencia personal como mercenario. Creo que la traducción del almirante White Haven es probablemente la mejor.

—Eh, no, me temo que no —se disculpó Houseman y Courvosier se tapó los labios tras la servilleta para ocultar una sonrisa—. Desde mi punto de vista, sin embargo —continuó el diplomático con obstinación—, es la diplomacia bien dirigida la que convierte a la estrategia militar en algo irrelevante y excluye la necesidad de entrar en guerra. —Bufó levemente y movió con suavidad el vino de su copa. En sus labios volvió a asomar aquella sonrisa de prepotencia—. Es razonable que las personas que negocian de buena fe puedan llegar a compromisos igualmente juiciosos, capitana. Pongamos como ejemplo la situación actual. Ni la Estrella de Yeltsin, ni tampoco el sistema Endicott, poseen verdaderos recursos que puedan atraer el comercio interestelar, pero ambos cuentan con un mundo habitado y han reunido, entre los dos, una población de casi nueve mil millones de personas. Además, se encuentran a solo dos días de distancia de viaje en un hipercarguero. Eso les brinda la posibilidad de engendrar algún tipo de prosperidad y, sin embargo, ambas economías están al borde del abismo, ¡lo que, sin duda, convierte en un absurdo que se hayan pasado tanto tiempo tirándose al cuello del otro por una ridícula diferencia religiosa! Deberían estar comerciando el uno con el otro, construyendo un futuro económico seguro, apoyándose mutuamente y no malgastando sus recursos en una carrera armamentística. —Negó con un gesto pesaroso—. Cuando descubran las ventajas de un intercambio comercial pacífico, cuando se den cuenta de que su prosperidad depende del otro, la situación se calmará sin necesidad de entablar más batallas.

Honor pudo evitar mirarlo con asombro, pero si no conociera tan bien al almirante hubiera creído que alguien se había equivocado al escoger a Houseman para aquella misión. Desde luego sería formidable que pudiera llegar a firmarse una paz entre Masada y Grayson, pero cuando hubo terminado de leer el informe que acompañaba a sus órdenes, supo con seguridad que todo cuanto le había dicho el almirante acerca de aquella prolongada hostilidad era cierto. Y, a pesar de lo maravilloso que sería poder dejar a un lado esa enemistad, el propósito fundamental de Mantícora era asegurarse de conseguir un aliado contra Haven y no involucrarse en el objetivo de establecer una paz que con toda seguridad estaba condenada al fracaso.

—Estoy segura de que ese sería un desenlace perfecto, señor Houseman —le comentó, después de un momento—, pero no creo que sea muy realista.

—¿De verdad? —se erizó el diplomático.

—Han sido enemigos durante más de seiscientos años-T —le recordó tan suavemente como le fue posible—, y los odios religiosos son los más virulentos para el ser humano.

—Esa es la razón de que necesiten un nuevo punto de vista; un tercero que sea neutral en esa ecuación básica y que los pueda reunir.

—Perdóneme señor, pero tenía la impresión de que nuestro objetivo principal era asegurarnos de conseguir un aliado y una base para la Flota, además de impedir que Haven penetrara en la región.

—Así es, capitana —contestó Houseman, casi impaciente—. Pero la mejor forma de conseguirlo es arreglando las diferencias que existen entre ellos. La inestabilidad y posible interferencia de Haven permanecerán hasta que su hostilidad cese, y no importa lo que nosotros consigamos. No obstante, cuando logremos reunirlos tendremos dos amigos en la región y no existirá la posibilidad de que ninguno de ellos sienta la tentación de invitar a Haven para erigirse con la primacía militar. El objetivo de la diplomacia es compartir un interés y no tener un enemigo común. De hecho —Houseman dio un sorbo a su vino—, nuestra presencia en esta zona deriva de la incapacidad que tenemos para encontrar un interés común con la República Popular y es, desde mi punto de vista, un fracaso. Siempre existe una manera de evitar la confrontación cuando uno la busca sin descanso y recuerda que, a la larga, la violencia no soluciona nada. Esa es la razón de que contemos con la ayuda de los diplomáticos, capitana Harrington y de por qué recurrir a la fuerza bruta indica que la diplomacia ha fallado. Nada más y nada menos.

El mayor Tomas Ramirez, capitán del destacamento de marines del *Intrépido*, miró incrédulo a Houseman desde el otro extremo de la mesa. El fornido y casi achaparrado marine contaba con solo doce años cuando Haven conquistó su planeta nativo situado en la Estrella de Trevor. Su madre, sus hermanas y él habían podido escapar a Mantícora en el último convoy de refugiados que transitó por la Confluencia de Agujero de Gusano de Mantícora; su padre se quedó allí, en una de las naves de guerra que permanecieron para cubrir la retirada. Su mandíbula se tensó visiblemente cuando Houseman sonrió a Honor, pero el capitán de corbeta Higgins, el jefe de ingenieros del *Intrépido*, le dio una palmadita en el antebrazo y negó con la cabeza muy discretamente. La escena, sin embargo, no pasó desapercibida a Honor, que después de beber de su vino dejó la copa en la mesa y continuó hablando.

—Entiendo —dijo y no pudo evitar preguntarse por qué el almirante había nombrado a aquel imbécil como su segundo al mando.

Se decía de Houseman que era un economista brillante y, teniendo en cuenta lo maltrecha que debía de estar la economía de Grayson, enviarlo tenía cierto sentido. Pero además era un intelectual pedante, al que se había desplazado de su posición en el Colegio Universitario de Economía de Manheim para que

sirviera al Gobierno. No era casualidad que los que enseñaban y aprendían allí fueran conocidos con el sobrenombre de «socialistas universales», y la conocida familia de Houseman apoyaba al partido liberal. Ninguno de esos datos lo hacía especialmente deseable para la capitana Honor Harrington, y su punto de vista simplista de cómo debían abordar la situación hostil que existía entre Grayson y Masada no hacía sino empeorar el concepto que tenía de él.

—Me temo que no puedo estar de acuerdo con usted, señor —le dijo por fin, apoyando la copa en la mesa con un movimiento preciso y manteniendo en su voz un tono tranquilo y suave—. Para empezar, su argumento asume que todos los negociadores son juiciosos y, en segundo lugar, que todos ellos coinciden a la hora de determinar qué es un «compromiso razonable», pero si la historia demuestra una cosa clara es que no lo son, y que tampoco pueden serlo. Si usted es capaz de advertir las ventajas que derivarían de un intercambio comercial pacífico entre esas gentes, entonces tenga por seguro que serán evidentes para ellos; sin embargo, los informes indican que ninguno ha sugerido siquiera la posibilidad. Eso demuestra que existe un grado de hostilidad tal que convierte en insignificante el interés económico y que, por tanto, lo que nosotros podríamos considerar como lógico resulta inaceptable para ellos. E incluso, aunque no fuera así, a veces se cometen errores, señor Houseman, y ese es precisamente el momento en el que deben actuar las personas vestidas con uniforme.

—Los errores, como dice usted —intervino Houseman con frialdad—, a menudo acontecen porque «las personas vestidas con uniforme» actúan con prisa o siguiendo un consejo equívoco.

—Desde luego —afirmó Honor y él parpadeó sorprendido—. De hecho, el último error casi siempre lo comete alguien vestido con un uniforme; bien porque les diera a sus superiores un consejo errado, de forma que acabaran siendo ellos los agresores, o porque apretara el gatillo demasiado rápido ante un movimiento inesperado del enemigo. A veces incluso cometemos el error de proyectar amenazas y respuestas con demasiado detalle y nos involucramos en unos planes de guerra de los que luego no podemos escapar, igual que les ocurrió a los discípulos de Clausewitz. Sin embargo, señor Houseman —sus miradas se encontraron a lo ancho del mantel blanco como la nieve—, las situaciones que convierten los errores militares en algo crítico, incluso posible, surgen a partir de las maniobras políticas y diplomáticas que los preceden.

—¿Usted cree? —la miró Houseman con rencoroso respeto y evidente disgusto—. Entonces, según lo que ha dicho, ¿los civiles son los culpables de que haya guerras y no los defensores del reino, siempre puros de corazón?

—Yo no diría tanto —respondió Honor y una breve sonrisa iluminó su rostro—. ¡He conocido a unos cuantos «defensores» y debo decir que muy pocos eran puros de corazón! —Su sonrisa se desvaneció—. Por otra parte, me veo en la obligación de señalar que en cualquier sociedad en la que los militares están

controlados por autoridades civiles debidamente institucionalizadas, como por ejemplo la nuestra, la responsabilidad definitiva reside en los civiles que ponen en práctica la política entre guerras. No quisiera dar a entender que esos civiles son estúpidos o incompetentes. —*Después de todo, pensó, es importante mantener los buenos modales*—. O que los militares les dan un consejo indefectible, pero los objetivos nacionales que son mutuamente contradictorios pueden convertirse en dilemas irresolubles, sin importar cuánta buena fe exista en ambos lados. Y cuando uno de ellos no negocia de buena fe... —Se encogió de hombros—. Fue también Clausewitz el que dijo que la política era el útero en el que se engendraba la guerra, señor Houseman. Mi punto de vista es algo más simple. La guerra podría ser la consecuencia del fracaso de la diplomacia, pero incluso los mejores diplomáticos trabajan a crédito. Antes o después, se va a encontrar con alguien que sea menos razonable que usted, y si no dispone de una fuerza militar que apoye sus pagarés, acabará perdiendo.

—Bueno... —Houseman se encogió de hombros—. El objeto de esta misión es que eso no suceda, ¿no es así? —Sonrió sin alegría—. Aunque supongo que hará todo lo posible por evitar una guerra, ¿verdad?

Honor quiso responderle con dureza, luego negó con un gesto y sonrió. Realmente no debería permitir que Houseman la sacara de sus casillas, se recordó. No era culpa suya haberse criado en una sociedad bonita, segura y civilizada que lo había protegido de la difícil realidad de unos imperativos más antiguos y sombríos. Y, a pesar de lo imbécil y torpe que pudiera creerlo fuera de su indudable área de conocimiento, tampoco estaba al cargo de la misión. Era responsabilidad del almirante Courvosier y ella no tenía pegas acerca de su juicio.

Venizelos intervino tras un momento de silencio y aprovechó el instante para invitar, de forma muy discreta, a Houseman a entablar una conversación acerca de la nueva política de impuestos que había sancionado el Gobierno. Ella giró la cabeza para hablar con el capitán de corbeta DuMorne.